

libro importante. Su traducción al español y nueva puesta en circulación es un gran servicio que la Universidad de Granada ha hecho al hispanismo mundial.

CARROLL B. JOHNSON

University of California, Los Angeles

STEPHEN GILMAN, *La novela según Cervantes*. Trad. Carlos Ávila Flores. F.C.E., México, 1993.

Con la publicación de *La novela según Cervantes*, Stephen Gilman, conocido hispanista a quien debemos capitales estudios sobre *La Celestina*, el *Quijote* apócrifo o Galdós, contribuye de manera decisiva al acercamiento a la obra cervantina desde una perspectiva que aún sigue reclamando: la que atiende a su posteridad, y la demuestra ilustrándola de forma efectiva mediante ejemplos concretos de novelistas que se nutren de su legado.

En este caso, Gilman considera fundamentalmente novelas de la estela cervantina escritas en lengua no española, desde Balzac y Stendhal a Fielding y Twain, entre muchos otros. Por esta razón, el libro está destinado, en un principio, a lectores no hispanistas, a los que ofrece una sugerente visión de los hallazgos de Cervantes en relación con la tradición cultural que los determina. Su propósito es, pues, claro y trata simplemente de empezar por el principio: si se desea analizar la obra de los autores que siguen la senda propuesta por el *Quijote*, parece imprescindible discernir, ante todo, de dónde parte esa senda, si se detiene o bifurca y a dónde nos lleva. Así las cosas, el horizonte receptor de este libro se amplía hasta abarcar desde los más especializados cervantistas —que encuentran una gratificante oportunidad para revisar aspectos ya conocidos desde una nueva óptica— hasta los interesados en teoría de la novela —a quienes se ofrece un actualizado panorama de distintas tendencias narratológicas aplicadas al Cervantes crítico—, sin olvidar a los inquietos consumidores del género que pueden obtener de este estudio de la diáspora quijotesca un iluminador acicate para su experiencia lectora.

El libro se compone de cuatro partes: “Definición”, “Nacimiento”, “Invención” y “Descubrimiento”, en las que se nos lleva desde una inicial tentativa de aproximación al género novelesco hasta el establecimiento de lo que, según Gilman, constituye una de las principales aportaciones de Cervantes al mismo. Para la primera de las partes —“Definición”—, el autor, apoyándose principalmente en Ortega (y sus ideas sobre el poder *alienante* de la lectura) y en Mc. Luhan (quien habla de un nuevo receptor a partir de la invención de la imprenta), reflexiona sobre los efectos de la lectura y afirma que “la inmersión en la ficción es un peligro para la identidad” (p. 16), lo que le permite analizar la capacidad de sugestión del género narrativo y establecer un interesantísimo vínculo

entre el primer gran adicto a la literatura —Alonso Quijano— y cualquier lector de cualquier época capaz de sumergirse en el mundo impreso. Se trata, pues, de una interpretación —y no debe despistarnos la mención de Ortega—, *humanizada* de un género sobre el que todavía, pese a alguna mención de Cervantes, se habla de manera general.

Es en la segunda parte —“Nacimiento”— donde se empiezan a interpretar los hallazgos de nuestra primera novela. Proliferan ahora los argumentos que definen al *Quijote* como novela autoconsciente y dialógica —con la inevitable referencia a Bajtín— y exploran sus conocidas bifurcaciones diegéticas, caracterizadas por Gilman como interrupciones de la historia que se producen en dos niveles: horizontal —episodios intercalados, principalmente en la Primera parte— y vertical —intromisiones del/los narrador/es. El *Quijote* se define, así, como la “novela fundada en la interrupción” (p. 75), técnica que está a medio camino entre la ironía y la complacencia y que pasarán a utilizar autores posteriores cuya mención empieza a multiplicarse en esta parte (especialmente en las pp. 77 y 84, donde encontramos sendas nóminas de discípulos de Cervantes, tanto personajes literarios como autores empíricos).

El más sugerente, sin duda, es el siguiente apartado —“Invención”—, porque es en él donde se nos muestra nuevamente al Cervantes reflexivo y consciente del valor novedoso de su doble tarea de crítico-artista, echándose por tierra una vez más la reductora consideración de nuestro autor como “ingenio lego” (en la p. 108, por cierto, se da una interesantísima interpretación de esta conocida y tan tergiversada autodefinición, que, según Gilman, fue pronunciada como una irónica forma de separarse de los “eruditos a la violeta” de la estela lopesca). Dejando, pues, claro *quién* era Cervantes, se trata de recordar de nuevo *por qué* es el pionero de la novela moderna y es entonces cuando volvemos a sus reflexiones sobre la verdad y la verosimilitud —y la repercusión del binomio tanto en la esencia del texto como en la actitud del lector—, sobre la identidad y autonomía de los personajes —con sabrosas comparaciones con Unamuno y Galdós, por ejemplo—, sobre la ilimitada libertad que afecta tanto a las criaturas del libro como a su propio y lúdico creador —lo que lleva a Gilman a catalogar al *Quijote* como “la más subversiva de las novelas jamás escritas” (pp. 127-128)— y, en fin, sobre las diferentes modalidades de ficción de la época, incorporadas a la magna obra de Cervantes hasta convertirla en modelo de intertextualidad.

En este último aspecto se fundamenta el apartado con el que finaliza el libro —“Descubrimiento”. En él se nos invita a presenciar un nuevo enfoque de los planteamientos críticos de Cervantes a partir de la segunda salida de Don Quijote (p. 145). Tiene así cabida una revisión del famoso escrutinio (I, 6), contemplado en relación con los Autos de Fe y —lo que constituye, a nuestro juicio, la verdadera novedad del libro— del episodio de Sierra Morena (I, 25-28) y las tramas paralelas que de él resultan (I, 28-52).

Las parejas Cardenio-Luscinda, Fernando-Dorotea, tradicionalmente situadas por la crítica en el marco de la novela sentimental, se nos muestran ahora como portavoces de las intrigas de capa y espada, honor y honra que constituyen la base de la comedia lopesca y, como todos sabemos, de la crítica cervantina del género dramático desarrollada en las famosas palabras del canónigo que, a partir de este nuevo enfoque de Gilman, cobran una relevancia adicional dentro de las disquisiciones críticas de la obra en que se insertan. Gilman se muestra implacable con los personajes mencionados, a quienes considera estandartes de unos valores nefastos para la cultura española, y lo hace quizás de una manera excesivamente *quijotizada* que nos lleva casi a percibirlos como seres de carne y hueso. Lo interesante es, sin embargo, este análisis que nos devuelve a un *Quijote* más unitario que nunca en el que las historias intercaladas no sólo no constituyen una fastidiosa interrupción —horizontal— del texto, sino que se convierten en un aporte fundamental para aproximarnos a su verdadero significado. Quizás para no caer en la osadía de querer *adivinar* el pensamiento de Cervantes —y, por cierto, la obra de Castro que lleva este título está omnipresente en el libro que reseñamos— encabeza Gilman este apartado con el título de “Descubrimiento”: Cervantes y Colón se convierten en sendos exploradores que arriban a un paraje insospechado por ellos al inicio de su empresa, y esta comparación aparece ayudada por el hecho, puntualmente recordado por el autor, de que en la época de ambos aventureros “descubrir” e “inventar” eran términos que remitían a una misma zona de significación.

Termina el libro con un Apéndice, desgraciadamente inconcluso —recordemos que estamos ante una obra publicada póstumamente—, en el que Gilman se había propuesto un recorrido por *La peste*, de Camus, y *La náusea*, de Sartre, a la luz de la novela cervantina. Hubiera sido ésta, sin duda, la forma definitiva y concluyente de demostrar la modernidad de Cervantes y su indudable influjo en la novela de todos los tiempos. Queda, sin embargo, la sugerencia y la posibilidad de que cada lector aplique lo leído a los textos seleccionados y se convierta, como hubieran querido tanto Gilman como Cervantes, en co-autor de un libro en el que el lector es tan protagonista como el héroe novelesco. Muchas, y muy valiosas, son en efecto las obras que analizan uno u otro aspecto de Cervantes, pero no son demasiadas las que, como ésta, atienden a la proyección de su obra tanto como a sus características intrínsecas y, lo que es más importante, se ocupan de la notable función del lector. Y es éste, sin duda, el último gran regalo que hizo Gilman no sólo a los hispanistas sino a todo discípulo de Alonso Quijano.

ISABEL CASTELLS
Universidad de La Laguna